

MIGUEL ESTÉVEZ CALLEJÓN: *La guerrilla antifranquista en La Alpujarra (1946-1952). La partida de Paco, El Polopero*. Ayuntamiento de Capileira. Órgiva, 2000, 65 págs, fotos b/n y color.

Con algunos años a sus espaldas, este libro (casi un folleto) es la parte o desglose de otro más amplio anterior (*Capileira de Poqueira*. Ed. Ayto. de Capileira. Granada. 1995. 302 págs.), en él que el autor puede profundizar en un hecho que un reciente aniversario (1931-2006) renueva en actualidad (2006, declarado año de la «Memoria histórica»).

Miguel Estévez nos relata con la aparente frialdad de una encuesta la peripecia social de cierto maquis, de sus luchas y miserias, en un contexto social donde los caminos y afinidades a menudo se entrecruzan formando un pequeño mundo rural en el que se nos antoja que faltan demasiados protagonistas para no transformar esta lucha en una simple dicotomía. Un reparto de papeles que no por previsible debe hacernos olvidar a aquellos que lucharon contra un régimen no tan sólo ilegal, sino torpe, desalmado, esterilizante, que empobreció y arrojó más sombras a unas circunstancias acia-gas. Y nos llama la atención también sobre tantas historias de resistencia olvidadas, sobre vidas labradas entre el trabajo embrutecedor y unas desdichas cotidianas que hoy parecen impensables.

Reivindicar el valor de esta lucha significa, frecuentemente, transformar en héroes a simples víctimas del vértigo de los acontecimientos, dotán-doles de valores y actitudes de las que, quizá no todos ni siempre, hicieron gala. Una generosidad y nobleza, una compasión e integridad de cuyo incumplimiento deberían quedar también exonerados sus enemigos por más que estos disfrutaran en su día de un reconocimiento, a la postre bastante efímero pues el tiempo es un implacable diluyente de todas las pretensiones. Y es que el trabajo de «rehabilitación de la memoria histórica a partir de los combates, los valores, de la vida de los republicanos españoles» se inscribe a menudo en un ajuste de cuentas encubierto que quiere

**LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA  
EN LA ALPUJARRA  
(1.946-1.952)  
LA PARTIDA DE PACO,  
EL POLOPERO**



Primavera en Capileira

MIGUEL ESTÉVEZ CALLEJÓN

cargar responsabilidades a protagonistas hoy inexis-tentes repartiendo herencias indeseadas y difícil-mente asumibles hoy por nadie. Y tampoco debe hacernos olvidar las contradicciones y miserias, la violencia innecesaria, la persecución con frecuen-cia gratuita revelada tras años de supuestas o reales humillaciones, o las expectativas de un cambio social a menudo especulativo basado en una nueva agresión o el apoyo meramente instru-mental a un régimen al que demasiada gente que-ría débil y quebradizo.

Transformar un legado histórico en una rei-vindicación política es un recurso de actualismo en el que no debe caer ningún historiador por más que toda la historia se construya en el presente con lo que ya pasó. Sin embargo, condenar al olvido esta peripecia es algo más que una sustrac-ción, es una injusticia. Entonces ¿qué hacer con el pasado? El legado no puede ser más que moral, personal. Las ideologías, como las creencias, se resisten a la evaluación al reivindicar su carácter benefactor y bienintencionado sobre sus prácticas:

reclaman (incluso las que afirman que no existen) que se las juzguen por sus intenciones, por esos buenos propósitos de los que dicen que está empedrado el camino del infierno. Pero se me antoja difícil que los beligerantes en una contienda sangrienta y llena de violencia (directa o transferida), o en sus secuelas, puedan reivindicar un valor cívico, aunque sin duda ese «civilismo» (más bien «guerracivilismo») tuvo demasiados defensores, y valedores, en aquellos días.

La trampa, además, es también metodológica. Para un historiador acostumbrado a que los documentos siempre sean pocos, escasos y carezcan de la inmediatez de la interpelación, es verdaderamente tentador dar crédito a aparentes testimonios de primera mano, a testigos fieles de los hechos, a la «memoria vivencial» de la que hablara Paul Ricoeur en un libro memorable (*La memoria, la historia, el olvido*. Madrid, 2003). Pero a veces la cercanía nos juega malas pasadas pues los recuerdos se reconstruyen para aceptar el pasado, para «sostener la mirada», cada día, como en esa galería de biografías anónimas que nos interpelan desde la profundidad del tiempo vivido, talladas por el duro trabajo, en el magnífico libro de Ricardo Martín y Antonio Muñoz Molina. Confundir la remembranza personal con la realidad y darle el carácter de única y fidedigna es peligroso pues como dijo Antonio Machado «también la verdad se inventa» (*Nuevas canciones*, 1917-1930).

Y es que los pliegues de la memoria suelen, a menudo, reconstruir una mirada familiar y tranquilizadora hilvanando sucesos sin matices, subrayando experiencias magnificadas por su impacto subjetivo o derivando justificaciones comprensibles: una historia subjetiva en blanco y negro.

Sin embargo, no por ello estamos ante un trabajo vano. Aparte de históricamente necesario (son escasísimos los trabajos realizados), este ejercicio de «memoria» es útil si lo entendemos como la única posibilidad de completar un pedazo de nuestra historia, de la historia de todos (apenas hay documentos escritos y cuando existen son escuetos y tendenciosos), y de hacerlo con «toda la

memoria», sin hurtar identidad alguna, asumiendo los hechos completos, aunque desmientan nuestro relato, y sabiendo que son pasado, es decir que sólo pueden ser comprendidos históricamente (en un proceso y un contexto determinado). También con un propósito pedagógico, «moral»: como un esfuerzo para rehabilitar el espíritu de resistencia contra todas las opresiones presentes, todas las injusticias de hoy, las únicas de las que nuestra generación puede ser responsable y las únicas que debemos, y podemos, reparar.

Quizá dos anécdotas puedan reflejar este dilema humano, demasiado humano, que fluctúa entre el recuerdo y el olvido, entre el desquite y la conciliación en un tiempo donde las actitudes y las ideologías se polarizaban hasta excluirse con vehemencia, y entenderlo en sus justos términos.

Cuando le dije hace poco tiempo a un amigo que podríamos obtener una copia del «juicio» por el que fue condenado a muerte un familiar político suyo y mío en la posguerra, me respondió que de ningún modo debería mostrarlo a su suegro, hijo del fusilado. En él constarían los testimonios acusatorios o cómplices de gente que este podría haber conocido, personas con las que quizá se habían reconstruido relaciones y entretejido circunstancias y que a nada conducía recordar de otra manera. El otro hecho me atañía también de cerca: me cuentan que un día fueron a interpelar a un familiar muy directo buscando pruebas para condenar a varias personas por haberle perseguido junto a su hermano, a la sazón sacerdote, durante la contienda: los dos prefirieron olvidar.

Todos ellos comprendieron lo dañino que resulta perpetuar la injusticia en el recuerdo y transmitir a los demás rencores y afrentas. Todos fueron víctimas y los únicos que tienen o tuvieron derecho a la memoria, a su memoria personal e intransferible, construida de omisiones y recuerdos, para «sostener la mirada», su mirada. A nosotros nos corresponde hoy indagar, reconstruir, comprender: entender el dolor y analizar la historia. Que no es poco.

Lorenzo Cara Barrionuevo

